

Hacer universidad en tiempos de COVID-19 en Chile

Enrique V. Muñoz Pérez
Pontificia Universidad Católica de Chile
emunozpe@uc.cl

Introducción

Hace más de 22 años que tuve el privilegio de iniciar mi vida universitaria en la Facultad de Ciencias Religiosas y Filosóficas de la Universidad Católica del Maule, Talca, Región del Maule. Eran otros tiempos; tiempos en los que se necesitaban académicos en formación, en las distintas universidades regionales del país dada la explosiva expansión del sistema universitario chileno. Tenía el título profesional de Profesor de Filosofía y el grado académico de Licenciado en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de Chile, y el Magíster en Doctrina y Ética Social por la Universidad Alberto Hurtado. Al poco tiempo de empezar mis clases, en la Licenciatura en Ciencias Religiosas del Seminario San Pablo de Raquén, en Curicó y en la Pedagogía en Religión y Filosofía, en Talca, me di cuenta que tenía capacidades pedagógicas para transmitir a los otros el conocimiento filosófico. Siempre lo he disfrutado. Me fascinó la posibilidad de aportar en la formación de sacerdotes y algunos religiosos y religiosas, y futuros profesores del sistema escolar fuera de la capital del país; pero, en especial, siempre me motivó el contacto con los y las estudiantes. Con ellos y ellas tuve, al inicio, poca diferencia de edad; hoy, con el transcurso del tiempo, ellos y ellas tienen ya la edad de mi hijo Patricio.

De este modo, cualquiera que haya hecho clases coincidirá conmigo en valorar las preguntas inteligentes de sus estudiantes, las consultas al final de la clase o las visitas en las oficinas de nuestras universidades en los horarios establecidos para ello. En fin, podría seguir describiendo lo que fue hasta hace poco mi experiencia como académico tanto en la Universidad Católica del Maule, en el Seminario Pontificio de Santiago de Chile y en la Universidad Alberto Hurtado y la que desarrollo en la actualidad, después de doctorarme en Alemania, en la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Sin embargo, como todos saben, desde principios del mes de marzo, todo cambió. Particularmente, en Chile, la pandemia se inició el día 03 de marzo de 2020 cuando se diagnosticó el primer caso en Talca. Nuestra cotidianeidad se modificó drásticamente desde ese día. Nos vimos sorprendidos por una noticia, que algunos escuchamos con incredulidad

y escepticismo: un virus, el SARS-CoV-2, se transformaba en pandemia: ¿a principios del siglo XXI?, ¿cómo era eso posible?, ¿no sería esto más que una exageración?, ¿no acontecería lo mismo que lo vivido durante los años 2009-2010 con la fiebre aviar/porcina o gripe A (H1N1)? Lamentablemente, como siempre, la realidad es más dura de lo que quisiéramos.

En lo que sigue, quisiera reflexionar brevemente sobre estos puntos y tratar de responder a las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las consecuencias actuales de la crisis del COVID-19 para algunas universidades en Chile? y ¿qué desafíos están surgiendo a propósito del COVID-19? Mi planteamiento fundamental es que más allá de las consecuencias socioeconómicas o laborales que algunas universidades chilenas están viviendo, debido a la crisis del COVID-19, la presente pandemia ha tocado y ha transformado profundamente lo humano y su relación con la técnica (representado por la enseñanza online o digital), porque aquello que era considerado un medio o un accesorio para apoyar el proceso de enseñanza-aprendizaje (plataformas, internet, correos electrónicos, diapositivas, etc.) se están transformado en un fin en sí mismo. Como dijo Heidegger, ya hace años en el texto *Ciencia y Meditación*, “las ciencias, desde hace mucho tiempo, se engranan cada vez más resuelta e inadvertidamente en todas las formas de organización de la vida moderna: en la industria, en la economía, en la enseñanza, en la política, en la estrategia, en la publicidad de todo tipo.”¹ El uso de plataformas on line, ha permitido, en algunos casos en Chile, poder desarrollar la docencia como “si se siguiera un formato presencial”; unas universidades primero, otras después, han ido adquiriendo distintos tipos de plataformas digitales. Con todo, lo más grave, me parece, son las consecuencias humanas, puesto que la enseñanza online ha venido acompañada de angustias, cansancios y stress para profesores y estudiantes. Vivimos, ni más ni menos, que la sociedad del cansancio que profetizara Byung-Chul Han². Precisamente, porque nuestro horizonte de sentido, que es el mundo, se ha reducido drásticamente y los roles y tareas que cada uno de nosotros cumple, se han transformado. La técnica ha tocado profundamente nuestra humanidad. Dividiré, en consecuencia, este texto en tres momentos: 1) Breve caracterización del COVID-19 en

¹M. Heidegger (2007), “Filosofía, Ciencia y Técnica”, prólogos y traducción de Francisco Soler y Jorge Acevedo, Editorial Universitaria, Santiago, p.158.

²B.-C-, Han (2012), “La sociedad del cansancio”, Editorial Herder, Barcelona.

Chile, 2) La experiencia de algunas universidades chilenas ante el COVID-19 y 3) algunas reflexiones finales.

1) Breve caracterización del COVID 19³

COVID-19 es una enfermedad causada por el virus SARS-CoV-2, que pertenece a la familia de los Coronavirus. En las últimas décadas se han generado otros dos brotes por Coronavirus, SARS-CoV y MERS-CoV, en los años 2002 y 2012 respectivamente⁴. El 31 de diciembre de 2019, la Organización Mundial de Salud (OMS) en China informó sobre casos de neumonía de etiología desconocida detectados en la ciudad de Wuhan, ubicada en la provincia de Hubei. Posteriormente se identificó que los casos de esta enfermedad estaban asociados a la exposición a un mercado de alimentos en la ciudad de Wuhan y el virus responsable fue identificado el 7 de enero de 2020 (OMS, 2020). El 11 de febrero de 2020 la OMS nombró oficialmente al virus SARS-CoV-2 y a la enfermedad que causa COVID-19, por sus siglas en inglés (Coronavirus disease)⁵. El 30 de enero 2020, OMS declara que el brote de COVID-19 constituye una Emergencia de Salud Pública de importancia Internacional (ESPII) y el 11 de marzo 2020 se declara pandemia global, dada la alta propagación del virus a nivel mundial.⁶ Con fecha 12 de julio de 2020, a nivel internacional ya son 216 los países que reportan casos de COVID-19, con un total de 12.750.275 casos confirmados y 566.355 fallecimientos.⁷ Finalmente, en el caso particular de Chile, al 12 de julio se registra un total de 356.695 casos acumulados (confirmados y

³Tomo estas referencias del “Informe epidemiológico, Enfermedad por SARS-CoV-2 (2019)”, del Departamento de Epidemiología, Ministerio de Salud de Chile, del 13 de julio de 2020. <https://www.minsal.cl/wp-content/uploads/2020/07/InformeEPI130720.pdf>

⁴Paules, C. I., Marston, H. D., & Fauci, A. S. (2020). *Coronavirus infections—more than just the common cold*. *Jama*, 323(8), 707-708.

⁵OMS (2020). Naming the coronavirus disease (COVID-19) and the virus that causes it. Disponible en línea en [https://www.who.int/emergencies/diseases/novel-coronavirus-2019/technicalguidance/naming-the-coronavirus-disease-\(covid-2019\)-and-the-virus-that-causes-it](https://www.who.int/emergencies/diseases/novel-coronavirus-2019/technicalguidance/naming-the-coronavirus-disease-(covid-2019)-and-the-virus-that-causes-it).

⁶OMS (2020). WHO, situation report – 51. Disponible en línea en https://www.who.int/docs/defaultsource/coronaviruse/situation-reports/20200311-sitrep-51-covid-19.pdf?sfvrsn=1ba62e57_10.

⁷OMS (2020). Coronavirus disease (COVID-19) Pandemic. Disponible en línea en <https://www.who.int/emergencies/diseases/novel-coronavirus-2019> Corey, G. (1995). Serie Vigilancia 1: Vigilancia Epidemiológica. Centro Panamericano de Ecología.

probables) y 2.616 casos nuevos en las últimas 24 horas, de los cuales 1.985 corresponden a casos sintomáticos, 451 asintomáticos y 180 casos confirmados no notificados. Además, Chile es uno de los países en el mundo que más casos registra por millón de habitantes, si se toma en cuenta que el número aproximado de habitantes es de 18.000.000.

2) La experiencia de algunas universidades chilenas ante el COVID-19

Hasta el momento, no se conoce un informe o un estudio acabado que relate las experiencias de las y los colegas que desarrollan clases virtuales en las universidades chilenas, aunque es sabido que existe un grupo de investigaciones en curso. Por lo tanto, el siguiente relato tiene un carácter más vivencial que científico. Lo primero que hay que mencionar es que las universidades chilenas son muy diversas entre sí, porque nuestro sistema de educación superior está compuesto por universidades estatales, universidades privadas con aporte del Estado y universidades totalmente privadas. Por lo tanto, sus presupuestos y capacidades técnicas son muy diversas. Desde universidades como la Pontificia Universidad Católica de Chile que venía trabajando desde el año 2019 con la plataforma CANVAS, que incluía el uso – en ese momento complementario – de las conferencias on line, hasta muchas universidades que debieron sobre la marcha comprar licencias de Zoom, Meet, etc. Eso significó, por tanto, que las calendarizaciones académicas, es decir, el inicio del primer semestre, que en Chile comienza en marzo, fuese tremendamente dispar. De este modo, declarado el Estado de Emergencia, el lunes 16 de marzo de 2020, por el gobierno de Chile, todas las actividades docentes debieron migrar hacia la vía digital. Nos encontramos, entonces, con otros problemas significativos: a) la falta de capacitación de las y los docentes; b) el acceso y calidad de la señal de internet que ofrecen las empresas telefónicas chilenas y c) el número de computadores que tuvieran en sus casas tanto profesores como estudiantes.

La generación de profesores y profesoras universitarias en Chile no son, en su mayoría nativos digitales. Muchos y muchas conocimos los primeros computadores personales en las escuelas o en los estudios superiores. Eso marca una gran diferencia respecto de nuestros estudiantes que al nacer se insertaron en un mundo digital. Junto a lo anterior, muy pocos profesores y profesoras universitarias se habían capacitado en el uso de plataformas digitales o en la planificación de clases on line. En el caso de mi Universidad, se

consideraba que el sistema CANVAS era un complemento a las clases presenciales, porque permitía desarrollar cápsulas informativas, realizar “clases invertidas” o grabar algunas clases por la ausencia física del profesor o de la profesora. Sin embargo, aquello que era “accidental” paso a ser “sustancial”: profesoras y profesoras tuvimos que aprender sobre la marcha a usar las mencionadas plataformas, enfrentándonos a estudiantes que conocían mucho mejor las aplicaciones con que nos enfrentamos. Tuvimos que aprender a usar el chat, las cámaras, los videos, las presentaciones en PPT, etc.

Casi al mismo tiempo, nos encontramos con las otras dos dificultades: el número de computadores disponibles y la calidad de la señal que las empresas chilenas de telefonía entregan. En relación al primer asunto, si bien Chile tiene un gran número de teléfonos celulares, siendo el número mayor incluso a los habitantes del país, no pasa lo mismo con el número de computadores per cápita. Según unos datos de prensa, a principios del 2018 el número de celulares en Chile se acercaba a los 27 millones de una población de 18 millones de habitantes⁸; en cambio, el número de computadores fijo o portátiles es francamente menor. Si bien no tengo los datos exactos, sabemos que las conexiones a Internet son de alrededor de 15 millones. Con todo, al entrar en el detalle de los datos nos encontramos con lo siguiente: “Del total de accesos a internet, un 85% se realiza vía un dispositivo móvil. De este total de accesos móviles, un 93,4% se realiza a través de un Smartphone. Además, se puede apreciar que el alza de 35,2% de las conexiones 4G en los últimos 12 meses contrasta con la caída de las conexiones 3G, que decrecieron 36,1% durante 2018. En el caso de las conexiones a internet fijo, si bien los números muestran un aumento en la cantidad de conexiones, aún no es suficiente. A diciembre las estadísticas señalan que los accesos a internet fijo crecieron 6,1% respecto al año anterior, alcanzando los 3,26 millones de conexiones. Por su parte la penetración alcanza los 17,2 accesos cada 100 habitantes, evidenciando una brecha. Además, las estadísticas señalan que el 49,4% de los hogares cuentan con internet fijo residencial, número que creció levemente desde el cierre de 2017, cuando el 47,6% de los hogares conectaban con conexión fija residencial a internet.”⁹ El punto más interesante de estos datos, me parece, es la brecha o diferencias sociales que uno

⁸<https://www.latercera.com/entretenicion/noticia/celulares-chile-se-acercan-los-27-millones/63290/>

⁹<https://www.fayerwayer.com/2019/04/subtel-internet-movil-4g-5g/>

puede apreciar transversalmente en Chile. Dicho de otra manera, los problemas estructurales de desigualdad que enfrenta Chile en los aspectos educacionales, sanitarios, de distribución de los ingresos, de jubilaciones, etc., se encuentran también en el acceso a computadores y en la calidad de las señales de Internet que emiten las empresas telefónicas, por ejemplo, no es la misma señal en Las Condes que en Conchalí y, por cierto, es peor en las zonas rurales o aisladas del país. Esta brecha o inequidad impidió tanto a docentes como estudiantes, muchas veces, desarrollar las clases de manera normal, porque muchas veces se caían las conexiones, o las imágenes o audios eran deficientes.

3) Algunas reflexiones finales

El improvisado paso de la docencia desde el modo presencial al modo digital, las dificultades técnicas, las inequidades sociales, el teletrabajo, etc., han tenido más consecuencias negativas que positivas para las distintas comunidades universitarias en Chile. En una reciente reunión académica por Zoom, organizada por el Centro del Desarrollo Docente de mi universidad, se nos hizo la siguiente pregunta: ¿con qué impresión nos quedamos respecto de los aprendizajes de los estudiantes durante este primer semestre? La impresión mayoritaria era la incertidumbre. En otras palabras, sin duda alguna, es un mérito de las instituciones de educación superior el haber migrado en pocas semanas desde las clases presenciales a las clases on line, el costo personal y profesional de las comunidades universitarias en Chile ha sido muy alto. En especial, porque el teletrabajo se ha realizado al interior de nuestros hogares, donde hemos tenido que compatibilizar nuestro rol docente con nuestros roles como maridos, esposas, padres, madres, hijos, hijas, etc., superponiéndose muchas veces estas tareas. A lo anterior, se suma a que una parte importante de la población perdió sus empleos regulares o precarios o no ha tenido los ingresos necesarios para subsistir. Daría para otro artículo el retorno al Chile del año 2020 de las ollas comunes, del hambre, de la pobreza, de la cesantía, etc.

Finalmente, me cuesta tener una visión optimista de la enseñanza on line o digital. Creo, sin duda alguna, que es una buena herramienta complementaria, pero no puede ser un fin en sí misma. Las consecuencias humanas y psicológicas están por conocerse aún.